

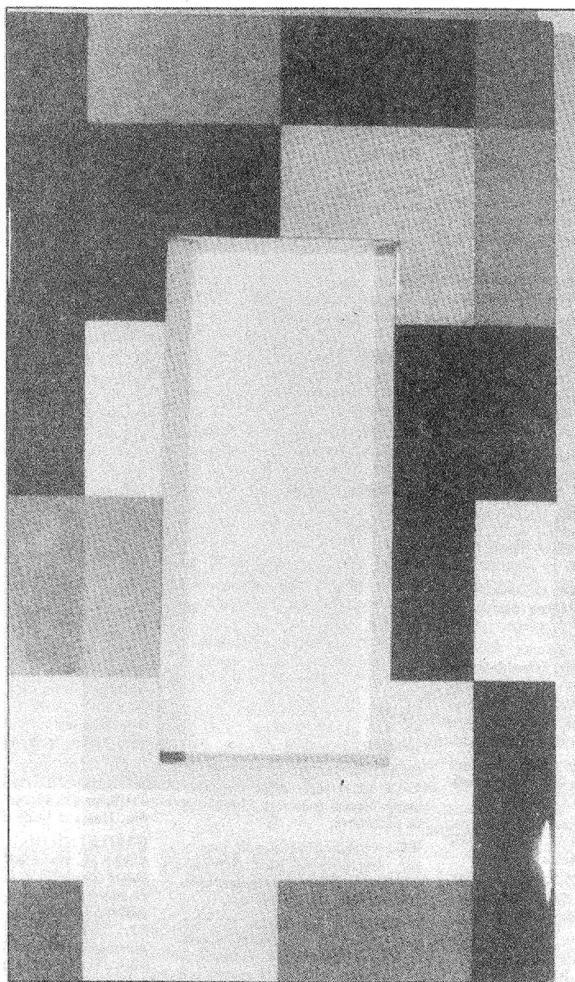
NACIDO en Washington, en 1957, es ésta la cuarta individual de *Mark Dagley*. De arranque fuerte —expuso en Tony Shafrazi en el 87—, *Le-yendecker* le dio entrada en Europa. Llega a Madrid, por tanto, entre el prestigio neoyorquino y las vacaciones tinerfeñas.

Un doble juego que repite a través de debates como el mantenido entre el sentido radical de sus planteamientos y lo irónico de su presentación; entre el acabado preciso de las resinas y su lado más abierto como proyecto. Entre la afirmación y la crítica que plantea a la idea del objeto. En la manera de ordenar la reflexión sobre la obra y su temporalidad.

En la exposición de la galería Mar Estrada se separan, tal vez en exceso, lo que se ha dado en llamar «*esculturas-altavoz*» y las resinas. No oculto que veo las primeras como objetos que transmiten una idea de los efectos del paso del tiempo. Menos interés tienen, a mi juicio, como reflexiones constructivas, a no ser que por ello entendamos una afirmación extrema del carácter y estructura física de cada obra, en cuyo caso me aleja la insistencia con la que «*enseña*» los interiores.

Más compactas resultan las «*pinturas-marco*», los «*rombos*» o las «*señales en el marco*». En su conjunto, participan del debate posminimal al que estamos asistiendo en estos años. De esa salida que intenta evitar las reiteraciones de su lenguaje, aunque con frecuencia sólo llegue a sustituirlas. De cualquier forma, y ya que las obras pueden verse del lado de las apariencias y las emociones, hay que reconocer que *Dagley* no transmite el toque gelatinoso de los epígonos de las fórmulas que representa.

La resina aporta un brillo que le da a la imagen un sentido vivaz e irónico. La ironía, en el modo de citar y apropiarse (un apropiacionismo relativo) de *Stella*, *Richter* o el minimal: introduciendo distancia. La vivacidad en



«Señales fortuitas se suceden...», 1988.

MARK DAGLEY: IRONIA Y DISTANCIA

MIGUEL FERNANDEZ-CID

Mark Dagley. Galería Mara Estrada. Orellana, 14. Hasta el 14 de enero.

esos cuadros bitonales, en los que un marco blanco delimita una especie de espejo negro. Otros de la misma serie aluden a letras, en una cercanía más contemporánea con el lenguaje publicitario.

El que no sea la idea del espejo el argumento de origen, no resta eficacia a una de las propuestas más atractivas de

la exposición. Como los rombos o los pequeños *Richter* que aparecen casi ocultos en las cercanías del almacén. Resulta curioso: ante ellos, y ante su disposición, la muestra gana misterio. Incluso resulta conveniente revisarla desde ese punto: el ejercicio adquiere otro equilibrio.

Porque, aunque *Dagley* titule el conjunto «*Descripciones sobre la mismidad*» y sea estricto en su análisis de los elementos compositivos, le salen pequeñas grietas de comportamiento menos rígi-

do. Y en ese peculiar ensayo sobre las superficies está rotundo.

Se ha editado un catálogo con textos casi didácticos del propio artista. A los visitantes allegados a los responsables de la sala cabría sugerirles, pese a ello, que pidan copia de la excelente nota de Prensa. Entre otros textos, incluye el «*Hay tan sólo un arte*», de *Ad Reinhardt*. Escrito hace treinta años, resulta obligado darle la razón a *Dagley*: sigue siendo un texto imprescindible.